

CAE EL MONSTRUO DE PIES DE ARCILLA... Y MADERA

ESA noche la pasamos en la tienda de un gachupincillo del rumbo de la Concepción, que cedió á mi maestro dos camas en un cuarto infecto.

Al día siguiente, á eso de las diez, me encaminé á una casa de Corpus Cristi. El zaguán era amplio, jarrado de blanco, con espaciosa escalera de piedra que ostentaba en el descanso la figura de un perrazo en actitud de ladrar.

El portero tocó dos veces la campana para indicar que había visita; una criada me introdujo á la *asistencia* con alfombra rameada, cortinas de cretona, floreros de porcelana azul y rosa, ajuar forrado de cerda y reloj de cuco con dos figuras de salvajes que se guiñaban mutuamente los ojos mientras se abría la puertecilla y salía la paloma á hacer sus ceremonias y á cantar su cancioncilla. Un canario llenaba el aire con sus trinos, que se desgajaban como cascada de notas alegres.

Sentí el crujir de una falda almidonada, el abrir y cerrar de varios cajones. A poco apareció, vestida de blanco, con aspecto de limpieza, de alegría y de juventud, mi excelsa amiga Anarda, la musa de mis hazañas, la inspiradora de mis altos hechos, la que me había obligado á soñar despierto tanto tiempo.

— Padre, ¿en qué puedo...? ¡Juan, por Dios, qué atrocidad!... Venir á esta casa, en ese traje... exponerse así...

Y me tendió su mano fría, suave y linda, que yo besé con transporte amoroso.

— ¡Vaya una locura haber venido así y sin avisar!... Pero déjeme usted ver... no nos espíen.

Y se levantó á cerrar con cuidado puertas y ventanas.

— ¿Qué tal Comonfort?

— Pues nada sé de él. Por su orden he venido haciendo larguísimas estancias en el camino, y ahora llego como tonto en vísperas.

— Pues Santa Anna acaba de volver de Michoacán, donde no se resolvió á ponerse frente á frente de don Ignacio; don Santiago Vidaurri, secretario del gobierno de Nuevo León, tomó á Monterrey; Cadena, Suárez, Camargo y Güitián, han sido derrotados; Llave se levantó al fin en Orizaba; Villaseñor é Hinojosa andan en armas contra el Gobierno en Autlán... En fin, que esto es asunto de días, nada más que de días. Yo no le doy un mes de vida al Gobierno.

Hace poco Santa Anna convocó al Consejo y le pidió dijera si era llegado el tiempo de expedir una ley constitutiva de la República, y en caso afirmativo, quién debe expedirla.

El Consejo ha tenido la candidez de contestar que debe haber Constitución y que Santa Anna ha de ser quien la dé; pero esto sólo ha bastado para que caiga sobre el Consejo la nota de desafecto, pues poco falta para que se diga que está coludido con los revoltosos de Michoacán y de Guerrero.

Salí de casa de mi amiga grandemente confortado; comuniqué á Suárez las noticias y él añadió otras de más importancia.

Ese día, algo más envalentonado, me corté el pelo al rape y dejé mi disfraz eclesiástico. Cuando me entraban el chocolate, apareció Cuevas radiante de gozo.

— ¡Albricias, Juanillo! este maldito desorden de cosas se acaba, se acaba más que de prisa: Comonfort ha tomado á Zapotlán, haciendo extremos asombrosos de valentía; Colima ha abierto sus puertas al grande hombre providencial, y Guadalajara no tardará en caer en sus manos.

— ¿Y Santa Anna?

— El cojo inmundo está que no le llega la camisa al cuerpo. Ya se designan los regimientos de la guardia que han de acompañarle á Veracruz; ya salió su familia para

el puerto; ya se están haciendo líos de equipajes en las bodegas de palacio. ¡Viva la libertad! ¡Muera la dictadura!

Salí á la calle creyendo no encontrar vestigios de régimen santanista; pero como si el diablo lo hiciera, al llegar á la librería de Andrade vi que las gentes se arrebatában de las manos ejemplares de *El Universal*. Reproducía una circular del *Diario Oficial*, en que se hacía saber eran mentira los absurdos rumores propalados por los anarquistas sobre huída de S. A. S., sazónando la noticia con durísimos comentarios contra los enemigos del Gobierno.

Al mismo tiempo oímos batir marcha en Palacio, y vimos pasar una descubierta de cien dragones y un coche en que se mostraba enhiesto y seguro el propio Santa Anna, siendo saludado y aclamado por todo el mundo.

Pasé dos días indeciso; pero Suárez, que tenía noticias para estar al cabo de todo, me confortaba llevándome con amigos suyos que daban la caída como cosa segura.

El día nueve de Agosto, apenas había amanecido, Nicolás entró á mi cuarto delirante de gozo.

— El déspota se ha escapado, se acaba de marchar; yo le he visto salir en compañía de su estado mayor y de una escolta de lanceros... ¡Loado sea Dios! La libertad se implantará, y los que hemos sufrido por ella quedaremos recompensados. ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Muera la nefan-

da dictadura! Y al decir esto arrojó por los aires el sombrero grisiento que portaba.

Me reí de un entusiasmo tan desusado, y me levanté violentamente para dar la noticia á Suárez Navarro, que aquella noche dormía en una accesoria del Puente de Pipis.

— Ya me lo esperaba, me dijo; pero mis noticias eran de que esto no se realizaría hasta fines del mes. Bien merecido se lo tiene este ingrato...

Los días diez, once y doce la noticia empezó á correr con distingos y reservas. El trece no cupo duda ninguna de que lo ambicionado por todos se había realizado, y se oyó un ¡uf! de alivio que salió lo mismo del pecho de amigos que de enemigos del Gobierno recién venido al suelo.

No sé quién colocó en la Alameda una casilla para recoger votos á favor del plan de Ayutla.

En un momento se llenaron muchísimos pliegos en que se acompañaban las firmas con alabanzas á la futura dirección de los negocios é insultos al régimen caído.

El júbilo brillaba en todos los semblantes; los ciudadanos se abrazaban con efusión, se dirigían la palabra gentes desconocidas, y todos hacían augurios lisonjeros.

Allí estaban los que acababan de salir de los calabozos en que los había encerrado el tirano, los que habían escapado en un escondite de las pesquisas de los esbirros, los que volvían del destierro.

Todos lanzaban gritos de entusiasmo, palabras de patriotismo, discursos sentidos en favor de la libertad y de la unión.

No había ebrios, ni asesinos, ni ladrones, ni blasfemos; reinaba la mejor intención en todos los discursos; no se hablaba más que de felicidad pública, de amor de todos para todos.

Los oradores habían atraído un inmenso concurso, que no hacía sino aprobar todas las proposiciones sabias, sensatas, discretas y patrióticas que se formulaban.

Alguien dijo que era menester organizar la milicia cívica, quitar la defensa del pueblo de manos de un grupo privilegiado, y sin tardanza se acordó ir á pedir armas para dotar de ellas á los ciudadanos que habían de dar garantías á la población.

La muchedumbre siguió por las calles de San Francisco, Profesa y Plateros hasta llegar á la Plaza de Armas.

Alguien lanzó un nuevo discurso suplicando á los congregados se portaran magnánimos y generosos; pero no eran menester excitativas en ese sentido.

Por un grito de ¡*Muera Santa Anna!* ¡*Abajo los tiranos!* ¡*Mueran los espías!* ó ¡*Mueran los agiotistas!*, se lanzaban vivas hasta el fastidio: ¡*Viva la libertad!* ¡*Viva el pueblo!* ¡*Viva la República!* ¡*Viva la revolución!* ¡*Viva Comonfort!* ¡*Viva Díaz de la Vega!* ¡*Viva Alvarez!* ¡*Viva Degollado!* ¡*Viva Vidaurri!* ¡*Viva Haro y Tamariz!* ¡*Vivan los caudillos!*

del pueblo! ¡Viva el ejército! ¡Viva la prensa liberal!... viva todo lo existente, pues en aquel momento no había odios, ni recriminaciones, ni malas voluntades.

Los carruajes que encontraban á la multitud desahacían su camino y le cedían el paso, y esa muestra de deferencia era saludada con aplausos y nuevos vivas.

Al pasar por la calle de Plateros, los manifestantes se encontraron á unos cargadores que conducían veinte ó treinta talegas de pesos. Nadie pensó en apoderarse de ese dinero; el pueblo se contentó con gritar vivas á la honradez y mueras á los ladrones.

Al llegar á la Diputación, subieron cuantos cupieron. Los que llevaban comisión de hablar con el encargado de la ciudad, le presentaron el acta de la Alameda. Alguien leyó las proposiciones aprobadas, y á poco vimos encaramarse á la plataforma un joven de gran nariz, de anteojos que dejaban ver una mirada altiva y burlona y de aspecto apocado y tristón.

Desde que dijo «General», comprendimos que hablaba con autoridad de quien piensa y sabe que lo obedecen.

Zarco pidió el establecimiento de la guardia nacional, la abolición de los sistemas vejatorios y tiránicos y el cumplimiento del plan de Ayutla.

Vega, todo conmovido, dijo entre sollozos y jipios que aceptaba el plan salvador, que procuraría hacer dichosa á la nación en el corto tiempo que le tocara gobernarla,

pues á él sólo le convenía entregar ese depósito sagrado en las manos que ella escogiera. Y terminó: «habrá guardia nacional; ella es la hermana del ejército, ella será el apoyo del orden y la libertad.»

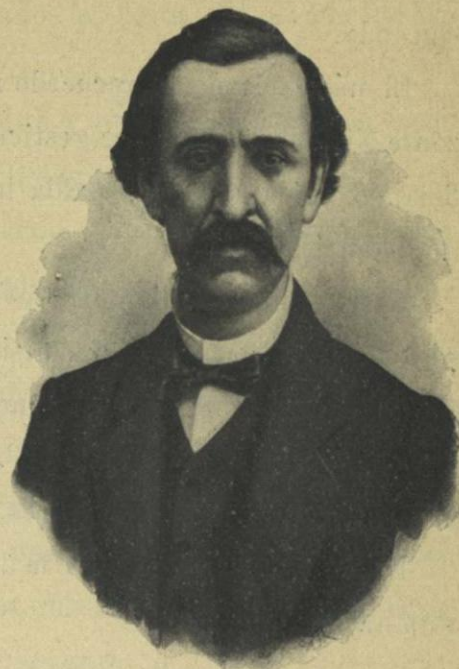
(Vivas á la libertad, á la guardia nacional, al soldado de Palo Alto y la Resaca).

Zarco tomó de nuevo la palabra y pidió la libertad de don Manuel García Aguirre, preso por haber dado su voto contra Santa Anna en el plebiscito de Diciembre,

y la del coronel García Rebollo, acusado de haber protegido la fuga de don Ignacio de la Llave.

Los aplausos sofocaban la voz del General, que ordenaba á un ayudante ocurriera á poner libres á esas víctimas del santanismo.

Cuando bajamos, ebrios de satisfacción, rebotando amor á todos, y dispuestos á llamar hermano al mismo Bonilla si le encontráramos á tiro, nos sorprendió un espectáculo con que no habíamos contado: oradores



D. FRANCISCO ZARCO

improvisados, demagogos, hidrófobos, sedientos de popularidad, se habían encaramado en guardacantones, habían requisado carros y hablaban de destruir todo y acabar con todo.

El más excitado, lo recuerdo muy bien, era el ex-polizonte Nicolás Cuevas, que gesticulaba como un convelido, dejando caída por la espalda la cabellera alborotada y abundantísima.

Hasta donde estábamos Covarrubias, Sánchez y yo, sólo llegaban frases, voces aisladas y sin unión... «La justicia del pueblo...», «la concusión y el agio...» «Lagarde que con su lujo insultaba al trabajador...» «que el fuego las purifique...» «Lares, Bonilla, Aguilar...»

En eso oímos una voz: la imprenta de *El Universal* está ardiendo.

Corrimos á la calle de Cadena y vimos alzarse llamas que barrían el suelo, lamían las paredes de las casas inmediatas, y se elevaban silbadoras como entonando el himno de la destrucción y del ultraje. Los peinaos, los cajetines, las ramas, los soportes de las prensas ardían ó estaban desperdigados por el suelo; por el suelo yacía inmensa cantidad de letras y cuadrados, de tipos de madera y de bronce, de llaves y planchas de unión; por el suelo estaban papeles en cantidad incalculable: *Universales, Diarios, Ordenes, Heraldos, Omnibus, Siglos.*

Levantamos uno de aquellos papeles, y anunciaba

la derrota de Alvarez en el Coquillo y la próxima extinción de la canalla; alzamos otro y era el extraordinario con que se había reseñado la fiesta del Conde de la Cortina en honor de S. A. S....

Vimos correr á la gente y nos acercamos á la casa de Lizardi, en la calle del Colegio de Niñas.

Habían forzado las puertas y varios pelados con caras de demonios echaban desde los balcones cuanto encontraban.

En una hoguera ardían sofás, mesas, sillas, escribanías, secreteres.

De pronto, á la luz ya escasa del crepúsculo, vimos tres bolas de fuego rodar por el pavimento entre gritos y silbidos: eran tres coches que habían sacado de la casa del dictador, en la calle de Vergara.

Allá nos encaminamos, y vimos una inmensa luminaria alimentada constantemente por lo que los devastadores echaban desde los balcones. Cuando nosotros llegábamos se acudía á la hoguera con una alfombra riquísima de una sola pieza; á poco, descendió un bargueño incrustado de nácar; luego cayó un péndulo con música, que tocó un fragmento de no sé qué sonatilla cuando iba en manos de uno de los ejecutores populares, y repercutió largamente al romper su delicada máquina en el montón de escombros. Parecía una persona que se quejaba dolorida.

Pero pronto nos impidió seguir viendo aquellos destrozos una columna de humo, que subía con dirección de Tacuba y San José el Real.

— ¡Está ardiendo la casa de Bonilla! se oyó decir.

Era un dolor ver la montaña de cosas bellas, útiles y exquisitas que estaban hacinadas en la calle y ardiendo en confusión.

Un piano, cortinas, el ajuar del salón, dos coches, muchísimos muebles.

Cuatro de los beneméritos revolucionarios arrojaron con grandes trabajos un enorme espejo de que no quedó trozo del vuelo de una peseta. Uno salió envuelto en un manto de la Orden de Guadalupe, otro tocado con el sombrero de caballero, cubierto con la casaca y ciñendo el espadín sobre los harapos mugrosos de lépero del barrio de la Palma.

Se divertieron un rato á costa de los de la mojiganga, y acabaron por despojarlos de todos aquellos trapos ricos echándolos al fuego.

A poco bajó un cuadro de marco riquísimo; luego un alud, una verdadera lluvia de libros. Los pergaminos se confundían con las encuadernaciones modernas, las ediciones de anchos márgenes con las económicas. Durante un rato estuvieron cayendo, como aves asustadas, cuadernos, tomos á la rústica, periódicos y revistas, que agitaban por breve espacio sus alas, echaban un vuelco y daban en la hoguera.



Uno salió envuelto en un manto de la orden de Guadalupe...

Sentí entonces que se levantaba en mí algo que rechazaba aquel salvajismo. Empecé á gritar, á accionar violentamente, á llamar la atención del grupo que me rodeaba.

- ¡Que hable, que hable, dijeron muchos!
- ¡Es un *suidadano* que quiere tomar la palabra!
- ¡Tiene la palabra!
- ¡Que nos diga algo ese *suidadano*!
- ¡Es un enemigo de los ladrones!
- ¡Es un enemigo del cojo!
- ¡Muera el cojo!

Entonces, desde los hombros de cuatro revoltosos, dije debía cesar aquel espectáculo deshonroso, aquella algarada que daba triste idea del pueblo mexicano.

- ¡Abajo, dijeron muchos!
- ¡Es un traidor!
- ¡Está vendido al oro de la Mesilla!...
- ¡También gozó de las *gotas de agua*!...
- ¡Es un buen patriota!, gritó Nicolás Cuevas; viene del destierro, sufrió persecución por sus opiniones.
- Pues que deje al pueblo hacer justicia.
- El pueblo castiga, no roba.
- Que deje seguir su suerte á lo mal habido.

La disputa se prolongaba sin fruto, cuando por Santa Clara vimos llegar un piquete de soldados que dispersó á la turba.

Entonces Cuevas se me acercó.

«Te he salvado la vida, me dijo. Estaban furiosos contra ti y quizás te habrían apedreado... No, no hay que oponerse á los fallos de este juez inapelable y de derecho divino que se llama la turba... Respetémosle, temámosle y dejémosle hacer su gusto... Y luego, que no se trata de robar nada, ni de causar daño á los ciudadanos pacíficos... En los bajos de la casa de Santa Anna hay una sastrería; alguien tomó una pieza de casimir, y bastó que se dijera: «pertenece á un artesano honrado», para que se dejara en su sitio... En los bajos de la casa de Bonilla hay una tienda española de ultramarinos. No desaparecieron ni una botella de vino, ni una cajetilla de cigarros... El pueblo que así procede, ¿no es un pueblo honrado é incapaz de mancharse con excesos punibles?»

«Todavía más; alguien propuso ir á la casa de Velázquez de León, ex ministro de Fomento; bastó se hiciera notar que habitaba en el Colegio de Minería, un establecimiento nacional y útil, para que desistiera la justicia popular de presentarse allá.»

En eso un grupo que pasaba arrastrando un busto de Santa Anna, nos dijo á gritos:

— Compañeros, ¿qué hacen allí mano sobre mano? A la casa de Escandón, á la casa del gran agiotista... Para allá se encamina el pueblo... Hay que darle su merecido.

A Guardiola marchamos más que de prisa; pero ya había allí estacionado un retén que ahuyentaba á la turba.

A poco se abrió un gran portón y vimos salir al General Díaz de la Vega, á Suárez Navarro y á don Martín Carrera.

Me acerqué á mi maestro, que venía radiante de gozo.

— Ya tranquilizamos á la familia, y á buen seguro que vengán revoltosos á atacar la casa de don Manuel, que es un buen amigo de la libertad... Había que proteger á los verdaderos liberales, por más que la protección tocara de rechazo á muchos pillos. En la Casa de Sierra y Rosso, donde ya se habían sacado los muebles y coches, en la de doña Merced Santa Anna, en la de Lagarde y en la de Blanco, la policía dispersó á los revoltosos... En casa de Lares, calle de Jesús, se iba á hacer un ejemplar; pero el pueblo no encontró sino unas cuantas sillas del Norte que echar á las llamas. En cambio dejó un pasquín en verso, en que decía que el ex ministro, que diariamente comulgaba, había embarcado para España, bajo partida de registro, á Martín Rul, con el fin de apoderarse de los bienes de la señora Pérez Gálvez.

— ¿Y qué se sabe de Santa Anna? pregunté.

— Hoy estuvo poniendo telegramas, ordenando todavía que se instalara el triunvirato que nombró; pero al fin

nadie le hizo caso... Se tiene noticia de que dispuso le liquidara la Aduana de Veracruz sus haberes hasta hoy... Se sabe que le quitó á su suegro, Vidal y Rivas, catorce mil pesos que le había dado con cargo á las rentas de Michoacán: hoy ó mañana debe embarcarse, para no volver más, ese hombre funesto y digno del patíbulo por mil conceptos.

No me extrañó esa irreverencia de mi maestro, que por apasionado y por resentido era capaz de excesos peores; pero sí me extrañó—tan joven era—lo variable y tornadizo de la gente.

Al teatro se le había quitado ya el nombre de Santa Anna; los que el día anterior se mostraban ardientes partidarios del dictador, ese día le execraban y se reían de él.

El Omnibus, sin mentar periódicos, era del número de los ingratos.

Los que solicitaban las migajas de la mesa del sátrapa, los que le llamaban *Napoleón Americano*, héroe invicto gobernante intachable, hombre de Estado asombroso, ahora lo maltrataban sin compasión. ¡Era la coz del asno al león muerto y sin defensa!

Nunca me ha impresionado más la caída de un régimen cualquiera.

Después fuí ayudante de Comonfort; oí las deliberaciones del Congreso de 56, que dió la gran Constitución

liberal á nuestra patria; presencié los preparativos del golpe de Estado y estuve al lado de Juárez en los días tremendos de la revolución. Todo lo he de referir, lo mismo que muchos lances de mi escabrosa vida; pero aquí tomo resuello para que lo tomen también mis lectores, si los he tenido.



PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	Págs.
... todos nos pusimos en pie.	18
En México se están batiendo.	29
... besamos á discreción manos y rostros	47
... y pescozón por aquí, balazo por allá	63
— <i>Pos</i> dice la niña que si <i>l'amo</i> le dispensa una palabrita	77
Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera	94
Por la noche ya durmieron arma al brazo	118
Allí le dejé para asistir	128
Mientras dábamos vueltas por las Cadenas	150
... tronó el cañón de Ulúa, y el paquete inglés <i>Avon</i> penetró en el puerto de Veracruz	187
Trató Santa Anna de hacer callar al orador.	190
... el arzobispo de capa pluvial.	208
En ese momento penetraban al cuarto cinco ó seis bribones	221
Luego introdujeron diligencia y pasajeros á un bosque	236
La aclamación fué inmensa	251
... se acaba de determinar que las libreas de los señores mi- nistros sean amarillas	274
Marchaba después en un magnífico coche, tirado por cuatro caballos, S. A. S.	286
S. A. S. la señora Presidenta lo bailó.	299
En la revista de anteayer, una gran águila descendió sobre las tropas.	326
... mi conciencia de ciudadano y de amigo me prohíbe	336
Don Nicolás Bravo	355
¿Qué pasa, le dijo don Antonio, con todas estas farsas?	372
Traigo un papelito para su mercé	383
Uno salió envuelto en un manto de la Orden de Guadalupe.	398